LA POPULAR ESPAÑA DE MARTÍN HUME

Bien sabido es que pocos libros habrán alcanzado tanta popularidad como la que obtienen las obras históricas del inglés Martín Hume en los países de habla española. Su autoridad no es menor que su popularidad. Esto debe decirse, sobre todo, de la *Historia del pueblo español.* Fuera de nuestros países y del radio de nuestra lengua, la *Historia del pueblo español* ejerce quizá mayor influencia y es leída con un interés todavía más apasionado.

El libro capital de Hume merece esta difusión por las cualidades que lo avaloran. Está escrito con una rapidez, con una viveza y con una claridad, que acercan la obra a la perfección ideal en materia de resúmenes narrativos abreviados. La distribución de las materias es también muy feliz, y salvo la brevedad precipitada del relato en los últimos capítulos,—defecto que compensa la existencia de un tomo destinado al siglo XIX por el mismo autor—, puede considerarse la *Historia del pueblo español* como un modelo de compendios.

Pero la obra tiene todavía mayor alcance del que suele concederse a un buen manual de estudio o entretenimiento.

Por mucho que quieran imaginarlo, será en general muy difícil que los individuos de nuestra raza formen una idea cabal de la significación que tiene este libro. Sólo puede apreciarse su importancia siguiendo el rastro de los conceptos históricos que ha dejado en el espíritu de los escritores de habla inglesa.

Al emprender su obra, el coronel Hume no se propuso hacer ante todo un compendio de fácil y amena lectura. Lo animaba un fin, realizado acaso más allá de su ambición. Quería dar una clave explicativa de la historia de España, y fundar una escuela de interpretación. Él mismo lo declara con la más cruda franqueza: «Este libro ha sido escrito, no con la idea de invalidar y sustituir las historias ordinarias, sino con la idea de completarlas y explicarlas.»

El resultado ha sido no sólo el haber completado y explicado las historias ordinarias, sino que prácticamente las ha invalidado y las

ha sustituído para los países anglosajones, y en parte para los que leen francés. Cuando alguien pretende estudiar el pasado español, Martín Hume se presenta, con la irresistible insinuación de España, del guía oficial en los apeaderos de las ciudades históricas. Su método expositivo, que es verdaderamente grato para lectores poco atentos al fondo de las cuestiones, capta la simpatía. El autor logra fácilmente desautorizar a otros mentores. Gana, pues, la batalla de las ideas antes de librarla, anticipándose en el terreno de la fascinación y del halago. ¿Para qué estudiar otros libros si el de Hume encierra cuanto ha de saberse útilmente sobre España, y si proporciona además la clave explicativa de los acontecimientos? No sólo hablan así los lectores que compran una historia de España para llenar los ocios del verano, recreándose en los esplendores de Almanzor y en las negruras del Escorial. Hablan así el historiador, el viajero y el corresponsal de los grandes diarios londinenses o neoyorquinos, todo el que con una pluma en la mano, necesita improvisarse hispanista para tratar de España o de la América Española.

Las páginas se suceden; el lector está cautivado. Y más lo seduce aún, más lo domina la repetición de los conceptos en la *historia razonada* que hace Hume de *su España*. Nos gana por la pereza el que nos enseña sin rigores mnemotécnicos. Nos gana por el mismo arte el que nos excusa esfuerzos de pensamiento.

Y esto último es principalmente lo que caracteriza a Martín Hume. Su magia no se funda tanto en el relato como en la parte lógica, en la economía de esfuerzo cogitativo con que el lector ve resueltos los abstrusos problemas históricos españoles, mediante una fórmula de la más simplificada unidad.

Toda la España de Martín Hume,—la España guerrera, la España conquistadora, la España fundadora, la España artística, la España moral—, se encierra en su fórmula: no hay pueblo español. El autor, es verdad, llama a su libro *Historia del pueblo español*. En la portada anuncia que trata del *origen, desarrollo e influencia de los españoles*. Pero no hay tal pueblo español. Con el título, *pueblo español*, se hace una parte del sortilegio. Pocos lectores tendrían un libro que se llamara simplemente *Historia de España*. ¿Pero hay algo más sugestivo que una *historia del pueblo español*? Y luego, estas palabras: *Su origen, desarrollo e influenica*, ¡hablan tanto! Una vez iniciada la obra de la captación de voluntades, se consuma con este otro golpe magistral: No hay pueblo español, y toda la historia de España se explica precisamente demostrando que el pueblo español no existe, ni puede existir.

El coronel Martín Hume nació en España, o por lo menos se crió en España. Para mi objeto, baste saber que respiró ambiente español durante largos años. Y conociendo este hecho, me he preguntado al leer el libro, si el prejuicio antiespañol de Hume es un sentimiento británico o es el añejo antiespañolismo de los españoles pasado por el alambique de un extranjero.

Pero dejemos esto. Vamos a la tesis. O diríamos más bien: vamos al estribillo de este tratado manual. Los habitantes de España eran de antiguo bereberes en su mayoría. Todas las tinturas célticas, fenicias, grecorromanas y germánicas, dejaron intacto el elemento bereber. Cuando se realizó la conquista musulmana, ésta no fué sino una conquista africana, reafirmadora de lo existente, consolidadora de la sangre que predominaba. «La infusión de sangre puramente arábiga debió ser pequeña, porque la enorme mayoría de los invasores habian sido bereberes y otros pueblos del Atlas, de origen y tradiciones semejantes al tronco español original.» (1)

Esto se lee en la página 170 de la obra, pero no ha habido que avanzar tanto para encontrar el concepto, pues ya en el Prólogo, en las páginas 4 y 5 del libro, vemos: «Para España, hasta tiempos históricamente recientes, España no era una Patria; no lo es hasta el día sino en un sentido muy limitado. La verdadera patria del español era su pueblo, o el repliegue particular de los montes que formaba su mundo... Vinieron los romanos... los españoles se hicieron grandes, no como españoles, sino como ciudadanos individuales de la poderosa Roma... Pero cayó Roma, y España cayó con ella; porque no había ninguna cohesión, aparte del común orgullo político que había formado el vínculo temporal.»

Nótese el criterio del autor. La unidad política, último grado de perfección a que puede llegar el sentimiento nacional, tiene para Hume el carácter de un hecho extraño a la colectividad en que se manifiesta. Los españoles, localistas, dejan de serlo por la magia del nombre romano.

Caída Roma, España se disolvió, para aglutinarse de nuevo en la unidad visigótica. «Cuando luego los godos infundieron nuevo vigor en la decadente España romana, el fervor cristiano unió a los españoles, y otra vez fué elemento de adhesión el orgullo individual. Cada hombre se engrandeció a sus propios ojos por el hecho de

(1) Debo decir que cito textualmente la traducción española de don José de Caso, Profesor de la Universidad de Madrid, y que sigo la edición de la *España Moderna*. Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía e Historia. Madrid, (S. A.)

formar parte de los elegidos a quienes Dios miraba con especial atención individual.» Esto es también del *Prólogo*, y se encuentra en la misma página 5, ya citada.

Los conquistadores entran en España como conquistadores. Desaparecen como sombras. España, preexistente y subsistente, es la misma, antes y después. ¿Qué hay de común entre la España eterna y la España romana? Nada absolutamente. ¿Qué hay de común entre esa España inconmoviblemente africana y la España visigótica? Absolutamente nada. ¿Qué hay de común entre la España, siempre igual a sí misma, y la España musulmana que viene de Africa? Tampoco entre estas dos Españas hay comunicación. Un pueblo estólido contempla el conflicto externo de las razas enemigas, y las ve pasar y desaparecer, como el espectador idiota ve pasar y desaparecer las figuras de un drama cuyo argumento no comprende.

Bajo los Césares, «el creciente lujo y la ociosidad creciente de la capital, hicieron de España así el granero como la tesorería de Roma; y el incremento creciente de la riqueza la permitió, no sólo vivir, sino sembrar su suelo de edificios públicos, circos, caminos, acueductos y puentes, cuyos poderosos restos despiertan un vago asombro en el español degenerado del día.» (Páginas 46-47)

El degenerado Cánovas, el degenerado Pérez Galdós, el degenerado Costa, el degenerado Castelar, el degenerado Cervera, apenas sienten un vago asombro viendo los poderosos restos de las vías romanas. Oliveira Martins dirá que con sus obras arquitectónicas dejó Roma la idea del Estado. La cabila desaparece, arrastrada por el fundente de la nueva forma política. Pero Hume quiere un pueblo español africanizado hasta el fin de los siglos.

Los españoles del tiempo de Roma construyeron acueductos, sin saber lo que construían. El historiador del *pueblo español* nos deja en la ignorancia de la significación que pudo haber tenido la economía imperial en España. El se entrega por completo a la danza de su psicología étnica, simple como el ritmo adormecedor de un salvaje.

Saltando sobre el paréntesis de los godos, vemos al español del tiempo de los moros. «El antiguo espíritu ibérico volvía e revelarse en las diversiones como en la literatura. Los españoles del siglo XIII, ostentosos, pomposos y redundantes, como los del siglo III, se apropiaban todo lo relumbrante y fantástico de las diversiones de los moros y las invenciones de los provenzales; y todas las ciudades de España competían ahora en la frecuencia y brillantez de sus diversiones públicas.» (Págs. 206-207).

Ya puede irse haciendo un resumen psicológico: independencia

individual, localización del patriotismo, orgullo personal, ostentación, pomposidad y redundancia. He ahí los seis ingredientes con que fabrica Hume su español eterno. No necesita más.

Esta psicología excluye sin duda la sobriedad y la fuerte belleza del *Cantar de mio Cid*, en quien todo el mundo ha visto los orígenes de una formación peculiar, característica del genio castellano.

También se salen de este marco el trainel D. Furón, antepasado de la caterva picaresca.

Las recortadas y artificiosas conclusiones de Hume, no hechas para explicar abreviando sino más bien para un burlado escamoteo de feria rural, excluyen las *cantigas de amigo* y todo el tesoro de la poesía gallego-portuguesa.

El pueblo español es un gran ausente en esta historia. No aparece sino como factor negativo. Hemos examinado ya 211 páginas. Y no hay pueblo español. Pero llega el momento esperado por todo el que abre un libro acerca de España. Llega el momento de los tizones.

El autor no abandona su registro. «El fatalismo y el desprecio de la vida, característica de las razas libio-semíticas, había hecho de los españoles combatientes denodados y conquistadores crueles. Cuando la necesidad de combatir y de conquistar había desaparecido casi, y el pueblo podía haberse normalizado a favor de las suaves influencias de la paz, vino de Roma el funesto hálito de la intolerancia, y convirtió en llama, que después pasó a ser un horno, la chispa, siempre encendida en el pecho ibérico, de la rivalidad y el odio contra el hombre del valle contiguo, del pueblo inmediato, contra el hombre que vestía de diferente modo, que hablaba de diferente modo o que adoraba un Dios diferente.» (Pág. 212.)

Después de esto es imposible o inútil el estudio de la Inquisición. Toda está dicho con mencionar las razas libio-semíticas, y la chispa encendida en el pecho ibérico... De ese modo se despacha gentilmente todo un capítulo de la historia de España. Adelante.

Después de la Inquisición, la decadencia económica. Sin dar vuelta a la hoja, ya sabemos cuáles son las causas de un fenómeno que requiere los más delicados esfuerzos para no caer en la amplificación grosera o en la suposición charlatanesca. «Los moros habían traído consigo el sistema perfecto del pequeño cultivo y de riego, que convirtieron a Valencia, a Murcia y a algunas partes de Andalucía en risueños vergeles, e hicieron ricos a los pacientes y laboriosos agricultores; pero esta industria quedó circunscrita a ellos solamente, mientras que el español puro siguió siendo, como siempre había sido,

agricultor por necesidad y pastor por inclinación cuando no era soldado.» (Pág. 263.)

Hubo un tiempo en que era posible, y no sólo posible, sino obligatorio, decir estos disparates. ¡El español agricultor por necesidad, pastor por afición y soldado por impulso unánime del pueblo! Naturalmente, si nos guiamos por las estadísticas de los narradores de leyendas y por las fábulas numéricas de los historiadores que escribieron antes de la era crítica, todo el mundo peleaba en España. Pero ya va siendo preciso reducir a límites racionales las cifras de la historia-batalla. Ya el simple buen sentido nos obliga. Hay que descontar del número de soldados a los famosos conquistadores de Indias, que en general tenían tanto de soldados como los labradores de sus pueblos. Ya vamos aprendiendo el arte del claroscuro, y podemos dibujar la verdadera fisonomía de España, país de agricultura y ganadería. Hume no se esfuerza por darnos a conocer el estado real de la economía española y las vicisitudes a que hubo de correr la industria agricolapecuaria. No; le basta con afirmar que el pueblo español tenía «ventajas de clima, de situación y de suelo no concedidas a ninguna otra nación europea,» pero que todas fueron esterilizadas. Había un *virus*, —así lo dice— que «penetraba en el corazón de la raza, harto dispuesta a recibirlo, y que andando el tiempo debía convertir todo su oro en escoria.» (Pág. 212.) ¿Cuál era ese *virus*? Tenía tres componentes: indolencia, fanatismo y espíritu aventurero. El *virus* dispensa al autor de establecer alguna prueba sobre las excelencias de suelo, clima y condiciones, *no concedidas a ningún otro pueblo*, entre las cuales figuraría tal vez la falta de vías fluviales convergentes y de penetración profunda, merecería un capítulo al menos la estructura orográfica, enemiga de la cohesión, y obtendría veinte líneas la acción del adversario secular que mantenía un estado de rebelión interna o aterrorizaba las costas levantinas. Otro historiador de España que entendiese con más conciencia su papel, estudiaría los acontecimientos en sí mismos, y no en factores de realidad problemática, en esas afirmaciones temerarias de que tanto desconfiaba Herculano. Menos aún se le vería inventando falsas ventajas mesológicas, sólo utilizables para poner de relieve otros hechos «carentes del grado necesario de certeza propio de los hechos históricos.» Verdad es que la crítica reconoce un papel al conflicto de los caracteres etnogénicos, pero a condición de distinguirlos, pesarlos y atomizarlos.

Hume parece no aceptar que cada siglo requiere estudios directos, y que no se puede bajar con un estribillo desde los tiempos de Aníbal hasta los de Alfonso XII. Está convencido de que le basta

narrar con cierta animación incoherente y acomodar frases de corte sentencioso, infalibles para la ligereza incomprehensora de sus fieles.

España había construído grandes monumentos romanos, se había convertido al cristianismo, había recibido el reflejo de la civilización arábiga, deslumbrándose con ella, sin sentirla, ni adaptársela. España era y no era. No vemos nada concreto y definido. Pueblo de conquistadores, de soldados, de aventureros, de holgazanes, de fanáticos, de ostentosos, el verdadero pueblo español no había logrado siquiera aprender un poco de agricultura. La practicaba por necesidad. Su gusto le llevaba a las dehesas cuando no podía combatir a alguien, siempre de preferencia al vecino de los valles contiguos. Después se dedicó a la quema de sus compatriotas. Pero entretanto, se había hecho constructor de catedrales. «A fines del siglo XIV el genio del pueblo había producido lo que era ya en rigor una adaptación especial del gótico; y durante este período y poco después, luce esplendorosamente la gloria de España, sus atrevidas y nobles iglesias ogivales. Más claramente que en su literatura, mejor aún que en sus instituciones, manifiéstanse las características especiales del pueblo español en la piedra imperecedera de los grandes monumentos arquitectónicos en esta temprana fase de su evolución como nación.» (Pág. 268.)

Tenemos aquí un pueblo español dotado de genio aunque incapaz de cultivar la tierra. Sólo sabe pastorear vacas y ovejas. Lo domina la pasión militar. Pero este pésimo agricultor tiene dotes arquitectónicas. ¿Será que hemos llegado a la historia del pueblo español? Así es de suponer, pues tres páginas adelante, en la 271, se dice que «por su perfección arquitectónica al menos, España, desde mediados del siglo XIII, hasta mediados del siglo XV, igualó si no superó, a todas las naciones de la tierra.»

En ese mismo siglo XV «la imaginación desbordada» del pueblo español hizo un culto de la caballería andante.

Pero el autor se queda meditando un momento, y escribe: «Nada había singularmente magnánimo ni generoso en el carácter de la raza misma, como ha podido advertirse por los hechos de su historia; pero siempre tuvo en ella un eco poderoso la idea de la exaltación personal mediante el sacrificio; y el secreto de esta nueva pasión avasalladora era el afán de distinción y preeminencia individual por la devoción desinteresada a alguna persona o alguna abstracción—el mismo sentimiento que condujo a los antiguos cristianos de Córdoba a buscar el martirio, y en un período ulterior llenó las ermitas y los claustros de España de furibundos ascetas que desollaban y mortificaban sus carnes y alimentaban las infernales hogueras de la Inqui-

sición, cuyas víctimas estaban animadas también de un espíritu semejante.» (Pág. 296).

O renunciamos a entender, o esto significa que un pueblo carente de magnanimidad y generosidad, «como ha podido advertirse por los hechos de su historia», fué siempre «apasionado de la devoción desinteresada a las personas o a las abstracciones», pero que no lo fué por magnanimidad ni por generosidad, sino por el orgullo de la exaltación personal que se obtenía mediante el sacrificio.

Había que fabricar un pueblo de inquisidores clásicos para un público inglés, y se fabricó ese pueblo de verdugos con elementos de la caballería andante. Naturalmente muchos lectores de lengua española encontraron persuasivo este galimatías. Así lograban *ponerse a la altura de las luces del siglo*, como decía un famoso rastacuero en el Río de la Plata.

El pueblo español sigue en la brecha. O más bien se cansa en la brecha. Había peleado durante largos siglos. Había construído catedrales góticas. Tenía genio. Ya no quería trabajar. Ya no quería dedicarse a «cosas útiles y provechosas.» ¿Qué hizo entonces? ¿Dormir? No. Enviar Embajadores y concluir tratados de comercio. No es invención. «Embajadas a Tamerlán y a otros potentados lejanos, tratados comerciales con Inglaterra y otros actos semejantes, prueban que los españoles estaban cansados ya del trabajo perseverante y provechoso, y ansiaban otras excitaciones, una vez concluídos los siglos de guerra continua con los infieles.» (Pág. 298).

Poco antes se nos había dicho que «el español siempre encontró alguna excusa para adormecerse en la creencia de que era un individuo aparte, y así, al abrirse la era moderna de lmundo, se hizo un visionario, ganoso de aventuras en lejanos países, pero enemigo del trabajo perseverante en el propio.» (Págs. 296-297).

El holgazán ya no sólo concluye tratados de comercio, ya no sólo envía embajadores a Tamerlán. Se dedica a las aventuras. Se hace visionario. Todo antes que el trabajo perseverante. Lo de América es una pequeña excursión recreativa para destripar indígenas y tenderse a la sombra de los cocoteros. No hay otra cosa en la aventura americana. Por lo menos para los historiadores del pueblo español.

Entretanto, España logró algo fundamental. Hume lo reconoce. España se unificó. ¿De qué modo? El maestro nos enseña que «las condiciones geográficas y etnológicas hacían casi imposible la unificación por el camino usual de la fusión de razas y de la creación de intereses comunes.» Dice cómo se realizó al cabo esa fusión de razas. ¡Tenía que ser! Descubre que «el terrible tribunal, sombrío y despia-

dado, no tardó en alzarse en todas las partes de España, imprimiendo en el alma de los españoles un sello, que fué en adelante la marca de la raza.» (Págs. 323-326).

¿En dónde llevará esa marca el traductor de Hume?

Al autor se le olvidaron aquí tres o cuatro artículos de su impedimenta. Se le olvidó en primer lugar que había una raza, de la que venía hablando constantemente,—raza a prueba de conquistas y de influencias exteriores,—y se le olvidó que esa raza, con propensiones incontrastables, había establecido los quemaderos precisamente para satisfacer «la unánime tendencia a la exaltación personal y al egoismo desinteresado.» Otra cosa se le olvidó. El medio geográfico era páginas atrás el más admirable del mundo; pero he aquí que de pronto ese medio resulta culpable de haber impedido la unificación étnica. Toda la estructura del libro queda comprometida. Debe reconocerse, haciendo justicia al autor, que la unidad españala de que él ha venido hablando, es la unidad perfecta como rasgo de una raza incapaz de ver más allá del círculo de la tribu. España es una raza; no es un pueblo. Es una yuxtaposición de tribus. Verdad es que esas tribus hicieron acueductos romanos y catedrales góticas. Pero se cansaron, enviaron embajadas a Tamerlán, conquistaron el Nuevo Mundo, y acabaron por unificarse en los quemaderos.

«Las excitaciones del clero y la persecución de los judíos y de los cristianos nuevos, habían provocado ahora en el pueblo español una furia de intolerencia. Siempre había odiado y despreciado a los extranjeros, y aun a los hombres del pueblo vecino, pero los motivos de su odio habían sido principalmente étnicos y geográficos. Ahora, la crueldad innata, el orgullo individual, una viva imaginación alimentada largo tiempo con fábulas extravagantes, religiosas y profanas, y el afán de riqueza sin trabajo, todo concurrió, bajo las ferventes bendiciones de la Iglesia y de la reina, para hacer de los españoles, como raza, perseguidores crueles de los que se atrevían a pensar de distinto modo que ellos.» (Pág. 330).

Esta página puede carecer de originalidad, pero cuando menos es una muestra del género. No falta una sola de las cualidades que constituyen el tipo del español asustachicos.

Con todo, Fernando e Isabel han unificado a España. Pero esta era una obra puramente *doctrinal*. «Los castellanos odiaban a los aragoneses, los catalanes detestaban a los castellanos, los navarros no tenían nada de común con los demás. Los gallegos eran una raza afín con los portugueses, pero no simpatizaban con los semimoros andaluces y valencianos. No había aún, en realidad, España ni étnica ni

políticamente, porque el país se componía de una porción de dominios distintos, cada uno con sus leyes, costumbres, tradiciones, preocupaciones y diferencias de raza peculiares. La unidad burocrática de los romanos no era ya posible, porque de la reconquista habían surgido naciones diferentes; pero al menos los varios pueblos, los Gobiernos continuos, los Municipios semiindependientes, podían mantenerse unidos por el fuerte lazo de la unidad religiosa, y con este objeto se estableció la Inquisición como un sistema gubernamental que debía convertirse después en un instrumento político.» (Páginas 362-363).

Dejemos todo lo que haya de discutible en estas afirmaciones tan crudas. Dejemos todo lo que haya de impropio en las fórmulas. Ciñámonos a lo que importa. La raza no es ya la raza. No hay raza. Los gallegos son portugueses; los andaluces son semimorunos. Sin embargo, siete páginas adelante, en la 370, sale otra vez la raza. España debía caer; estaba condenada; la herían de muerte los vicios del sistema. ¿Por qué se retardó la catástrofe? «Si ésta se demoró tanto, fué sólo por la natural tenacidad de la raza...» Y en la página 283 cita un fenómeno especial, relacionado con esta tenacidad: «el espíritu que hizo invencible a la infantería española, y dió a los ejércitos del emperador el nervio que los sostuvo en Europa.» ¿Cuál es el espíritu que hace invencible a la infantería española? ¿No lo adivináis? Es «el antiguo espíritu ibérico que no ha muerto nunca.»

Cuando ve a Felipe II en la página 395, Hume dice que «era todo un español...» Y añade: «era la encarnación de todas las cualidades salientes que hemos reconocido como *características de la raza española.*»

El hecho, como siempre, se enuncia, pero no se explica. Una convergencia de influjos hereditarios borgoñones, alemanes, aragoneses y portugueses, produce la identidad entre este hombre extraordinario y esta raza extraordinaria, unificada hasta la pétrea solidez y diversificada hasta la incapacidad absoluta para formar un conjunto nacional. Se ve que a semejanza del verso libre, cuando es libre, y malo, esta psicología del coronel es la escoba desatada de que habla Hermosilla.

El pueblo español se había hecho cristiano con los visigodos. Pero seguía siendo pagano como lo fué con los romanos. Era fanático y cruel. Así lo habían hecho Isabel y Fernando. No hay que ver a los tipos excepcionales, sino a la masa entera. El autor contempla el estado del «populacho español, de una ignorancia crasa, cuya religión se reducía por lo común a la observancia supersticiosa de las

formas prescritas, de las cuales no entendía una palabra, y cuyo culto no se diferenciaba gran cosa del paganismo de sus antepasados. Sus mejores sentimientos eran ahogados por la persecución de sus compatriotas, los judíos y moriscos, y por el oprobio que acumulaba la Inquisición sobre todas las personas de dudosa ortodoxia; y el inculto patán y el soldado jactancioso se miraban, allá a su manera, como seres aparte por razón de su fe, y creían que los españoles y el rey de los españoles tenían una misión más elevada que la concedida a los demás mortales, y que de entre los ocho millones de españoles existentes, el Juan o Pedro en cuestión descollaba, a los ojos de Dios y de los hombres, como el más celoso y ortodoxo de todos. A eso había llevado la política de Fernando e Isabel a la masa del pueblo español.» (Pág. 402). No sólo la política de Fernando e Isabel, sino también «los caracteres de las razas libio-semíticas.»

A ellos vuelve el autor. Pero antes, le da una pasada al cristianismo. Había sido causa de orgullo. El cristiano era un elegido. El bereber bautizado se hacía intolerable. No quería trabajar. En el siglo XVI, no sólo se negaba a trabajar, sino que despreciaba al trabajador de Valencia que también era africano. Pero este africano se aplicaba al trabajo. No tenía orgullo, como el africano que desdeñaba el trabajo. La diferencia entre uno y otro africano consistía en la religión. La raza los unía. Jamás hubo diferencias entre los pueblos del Atlas y los de la península, pero en la península había profundas diferencias étnicas. El cristianismo obra como un veneno en los africanos de España, porque eran africanos. El mahometismo obraba de otro modo en los africanos de España, porque eran africanos. Nadie entiende esto. El autor menos que nadie.

«Miraban (los españoles) la labor productiva como lote de aquellos en cuyas venas circulaba la baja sangre de los moros y los judíos; y los que eran o presumían ser, de puro abolengo cristiano, la miraban con desprecio.» (Pág. 403). Esta no es una idea exclusiva de Hume. Constituye el fondo cenagoso del prejuicio con que se ha fantaseado la historia económica de España, haciendo de ella un truculento novelón.

Hume ha dicho que España era el medio geográfico más perfecto del mundo. Después ha dicho que el medio dividía a los españoles. Pero no sólo es aislante el territorio; es pobre además. Dice el autor que «este país no disponía de grandes riquezas, fuera de la que podía obtenerse con el trabajo.» (Pág. 440.) ¿Estas son «las ventajas de clima, de situación y de suelo no concedidas a ninguna otra nación europea» que nos presentaba en la página 212? En doscientas veintio-

cho páginas suceden muchas cosas y hay ocasión para cambiar criterio y puntos de vista. Se requería un país maravilloso para contraste, y ahora se necesita un país medianísimamente dotado para explicar cómo esa raza pobre, mística y holgazana «dió a la nación española en el siglo XVI un predominio sobre Europa que no justifican sus recursos ni su grado de desarrollo.» (Pág. 440.) El predominio de *la nación española* sobre Europa es tanto más extraño cuanto que veinticuatro páginas atrás *no hay nación española*. «Los españoles eran aún, y seguirán siendo siempre, diferentes naciones, con una tendencia centrífuga sólo contrapesada, a principios del siglo último, por la reverencia hacia un monarca semisagrado y la unidad absoluta de creencias; y durante los últimos noventa años, por el hábito nacional y el instinto de conservación.» (Pág. 416.)

Cuando *diferentes naciones* tienen *un hábito nacional* y un instinto de conservación, hay algo que se llama *nación*, o la sindéresis es una vaguedad inefable para los hispanistas.

La pesadilla va a terminar. La *Invensible Armada* ha sido destruída. «Del fondo del corazón del pueblo subió un clamor de rabia y de despecho que hablaba de algo más que de la pérdida material, grande como era. Significaba el quebranto de la creencia de la nación en su especial santidad y en su misión divina.» (Pág. 460).

Se acabó la religión. Se acabó el fanatismo. Otra España. Así, de golpe. Con la Armada se fué a pique el Catolicismo. «La reacción contra la ferviente creencia que había animado al país durante cien años, hizo a los españoles en el siglo XVII, (lo mismo a las mujeres que a los hombres) desdeñosamente escépticos, aunque *observadores devotos* de las formas que les prescribían. Al ascetismo había sucedido una conducta tan libre, especialmente entre las mujeres, que chocaba y sorprendía a los extranjeros. El abandono y disipación de altos y bajos, la presunción y vanagloria, la corrupción y holgazanería, que ahora y durante los cien años siguientes caracterizaron al pueblo español, eran las consecuencias naturales de la caída de un alto ideal por el cual habían sacrificado su prosperidad material, su libertad civil, su independencia intelectual y religiosa. Todo lo que había quedado del espléndido sueño al presente era ignorancia, fanatismo, y arrogante persunción.» (Pag. 478). El pueblo español era estúpido, fanático y arrogante. Eso lo dicen todas las páginas anteriores. Son caracteres que el autor encuentra macerando diligentemente las raíces étnicas. Sin embargo, el pueblo español había cambiado. De creyente se había tornado en ateo, o por lo menos en escéptico; de ascético se había convertido en practicante de una conducta libertina. Y sin

embargo, este pueblo que había sido siempre fanático y que repentinamente, por la dispersión y pérdida de los barcos de la *Armada Invencible* se hizo incrédulo, «era ya fanático.» Holgazán siempre lo había sido, según el coronel Hume, y he aquí que por la propia pérdida de los barcos se hace de pronto presuntuoso, corrompido, vano y holgazán, durante cien años. Léase de nuevo lo transcrito, y dígase si esto es prosa de historiador o brillante incoherencia de un inconsciente cronista.

El coronel sale a ver lo que pasa en Europa, y presenciando la batalla de Nordlingen, se queda pensativo. Saca punta al lápiz, y escribe su crónica. «El valor y el arrojo de la infantería española en esa ocasión, fueron dignos de las mejores tradiciones de la raza, y conquistaron la admiración de sus mismos enemigos. Había, en efecto, entre los españoles una poderosa aunque temporal reanimación de aquella idea de misión religiosa, a la cual se debió su pasado ímpetu.» (Pág. 497).

El escritor no quiere dejar sin explicación uno solo de los hechos que narra. Ya había hecho escépticos a los españoles, pero todo se arregla devolviéndoles momentáneamente, o durante algunas horas por lo menos, las condiciones de que los había despojado. La historia psicológica no es tan complicada como se cree.

Pero, entretanto, España seguía obstinadamente su empeño de no ser nación. «España no constituía una nación políticamente unida como Francia.» (Pág. 499). Todavía falta que lo diga muchas veces. En este caso, refiere su observación al hecho de que Olivares «hombre de indomable energía y de gran capacidad natural» apareciese con «vastas ambiciones para su país y por cuenta propia.» Pero «como Fernando el Católico y Carlos V, vió que sin un vínculo que uniese a toda la población de España, no podría haber un gran destino para ella. El vínculo momentáneo de exaltación espiritual, forjado en mala hora por Fernando y el clero, se estaba ya cayendo a pedazos; y Olivares, dirigiendo sus ojos al otro lado de los Pirineos y del golfo de Vizcaya, veía dos grandes naciones prósperas, organizadas sobre las bases naturales de la fusión étnica y la unidad territorial política. El, sin duda, no llegó a comprender qué causas profundamente arraigadas—algunas de las cuales han sido expuestas en este libro—hacían imposible el logro de una unidad semejante en España, a no ser por un procedimiento lento y circunspecto. Olivares, como los que le habían precedido, tenía prisa de realizar sus designios; quiso saltar por encima de las tradiciones nacionales, de los prejuicios étnicos y de las antiguas constituciones, y la consecuencia inevitable fué el desastre.» (Pág. 499).

Es dudoso que el Conde Duque hubiera sacado gran provecho leyendo el libro de Hume, a pesar de que el libro es ameno y de que el Conde Duque tenía condiciones naturales para hacerse cargo de las cosas. Porque hay cosas de las que es imposible hacerse cargo. Entre ellas figura el conflicto étnico de los pueblos peninsulares. Unas veces nos habla Hume de la raza, otras de las razas. Nos habla de la nación, y nos habla de las naciones. En la página 518 apela a un recurso desesperado: «Ya hemos visto cómo el origen mixto, semita y celta del pueblo español, impelía irresistiblemente a la inteligencia nacional a manifestarse en forma dramática o pictórica. Aun en las primitivas imitaciones españolas de las canciones de gesta francesas, los sucesos relatados se presentan invariablemente bajo la forma de una descripción dramática o pintura verbal, más que de introspección de los pensamientos, motivos e imaginaciones de los caracteres, y esta peculiaridad había distinguido a todo nuevo desarrollo de la producción intelectual española: crónicas rimadas, autos religiosos, cuentos didácticos y poesía pastoril.» (Pág. 518)

Estas invocaciones del factor étnico, a todo azar, nos recuerdan aquel centón de recetas del truhán, improvisado médico, y el *Dios te la depare buena* con que las aplicaba al enfermo, según salían de la faltriquera.

Para las crónicas rimadas, autos religiosos, cuentos didácticos y poesía pastoril, el origen mixto, semita y celta; para Felipe IV, se aplica otro *mixto*. «Era sin duda popular (Felipe IV), como lo habían sido su padre y su abuelo, porque era tan degenerado como su pueblo mismo, y representaba fielmente *el carácter nacional de su época*. Era perezoso, y dado al placer, como su pueblo.» Felipe II no era perezoso, y sin embargo representaba fielmente el carácter de lo españoles que eran perezosos antes del descubrimiento de América, y que después del desastre de la Invencible se hicieron nuevamente perezosos. Pero sigamos con Felipe IV: «si lo seducían los oropeles relumbrantes, lo mismo pasaba a su nación; si era taciturno y altanero, compartía esas cualidades con la mayoría de sus súbditos; si tenía pasión por la poesía, el arte y la literatura, esa pasión también tenía la muchedumbre que le aclamaba; y en fin, si era ignorante, santurrón, preocupado, bondadoso y valiente, así eran los españoles de su generación. Era uno de tantos...» (Pág. 513). La dificultad está en que los españoles, según Hume, se habían hecho escépticos y despreocupados. No importa «ya eran fanáticos.» (Pág. 478).

Pasemos al siglo XVIII. Pero antes recordemos al boticario de Mateo Alemán. Este boticario «por no decir *no tengo* ni desacreditar

su botica, te dará los jarabes trocados, los aceites falsificados; no le hallarás droga leal ni compuesto conforme al arte; mezclan, bautizan y ligan como les parece, sustitutos de calidades y efectos diversos, pareciéndoles que va poco a decir desto a esotro, siendo al contrario de toda razón y verdad, con que matan los hombres, haciendo de sus botes y redomas escopetas, y de las píldoras pelotas o balas de artillería.» Veamos lo que sucedía a mediados de 1707. La «guerra estaba confinada en los reinos de Aragón, que tenían que ser conquistados palmo a palmo por los ejércitos levantados en el resto de España. La lucha en lo sucesivo, aunque los españoles no lo conociesen entonces, no era tanto entre dos pretendientes como entre dos tradiciones étnicas antagónicas: los hombres de sangre franca y goda, con sus asambleas libres feudales, que miraban los reyes como jefes elegidos contra los celtíbero-romanos, influídos por el cristianismo, con su idea profundamente arraigada de una democracia igual bajo un César semisagrado; o en otros términos, los teutones contra los latinos.» (Página 544). La cuestión de propiedad en los términos es relativamente vana. Lo importante es que haya términos y que los dados caigan del cubilete de la étnica.

Once páginas adelante, en la 555, surge de nuevo la raza española que a mediados de 1707 era el pleito de un perro germánico y un gato latino. En cuanto a la vitalidad de *la raza española*, bien la patentizaba el hecho de que, en medio de los terribles sufrimientos e interminables sacrificios acarreados por los errores y la ambición de sus gobernantes, el país había renacido a nueva vida con el reciente ideal de la unidad de territorio y de trono, en sustitución del sueño muerto de dominación espiritual del mundo.» A un lado, los teutones y los latinos, los celtíberos romanizados y bautizados, y los francogodos feudales.

Pero esto es momentáneo. Poco tarda en ser preciso apelar de nuevo a la etnografía. Porque Carlos III «y sus ministros napolitanos, Grimaldi y Esquilache, creyeron que el pueblo español sería tan dúctil como los italianos del Mediodía. Olvidaron, si lo supieron alguna vez, que en la composición de la raza española entraba buena parte de aquella sangre celtíbera, celosa y tenaz, que tanto había dado que hacer a los ejércitos cartagineses y a las legiones de Roma.» (Página 571.) El y sus ministros podían olvidar eso, podían no saberlo; pero Hume olvida siempre lo que dice páginas atrás; olvida que precisamente la sangre celtíbera castellana había sido el elemento de que se valió un César semisagrado para imponerse a los teutones aragoneses. El y los suyos «olvidaron, además, que el aislamiento de los valles

del país y las guerras de razas habían llevado a los españoles a odiar fieramente todas las cosas extranjeras, y que la nación había vivido durante dos centurias animada por la fe en su superioridad sobre todas las restantes.» (Pág. 571). También olvida Hume que la fe en la superioridad se había acabado, según él, después de ver destruída la Invencible Armada; que según él, fracasó la obra unificadora de Fernando e Isabel, quedando sólo un pueblo de escépticos, perfectamente ajenos a toda convicción. Pero por una de las raras contradicciones de esta psicología, el español sigue siendo español, «y la manera de un buen español era más que nunca rechazar todo lo que no tuviese el sabor de aquellos antiguos tiempos en que España era un mendigo andrajoso henchido de vanidad, y la Santa Inquisición el poder más fuerte del país.» (Pág. 579).

Hasta aquí he venido anotando al margen el libro de Hume sin ver otra cosa que la inocencia de su psicología de coronel, esa psicología fácil, llana, incongruente y por todo ello, no sólo eficaz para seducir a las plebes, sino recomendable a la simpatía de los que admiran la rara prenda del candor en quien escribe. Pero no es posible dejar de anotar dos hechos. En primer lugar debe señalarse la existencia de un contrabando de malevolencia muy enconada entre el fardaje de la buena fe. En segundo lugar no hay sólo contradicción o ingenuidad en ciertos puntos de vista del autor: hay una manifiesta usurpación de funciones que no le incumben.

El libro de Hume pretende ser un libro de historia, y hoy toda persona que se respeta, no lleva a la historia sino lo indiscutible, pues cuando lleva lo discutible presenta pruebas y anuncia formalmente el debate.

Voy a hacer una cita algo larga. Es necesario que así sea. El coronel trata un tema demasiado serio. Nos dice que los españoles perdieron todo equilibrio mental y dejaron en la historia un gran rastro de sangre. «Era a sus ojos un pueblo elegido, que a la sombra de la cruz no podía hacer ningún mal; la Inquisición había santificado la crueldad en el servicio de Cristo. La confiscación y la muerte habían sido el destino de los conciudadanos de dudosa ortodoxia; el despojo y la expulsión habían sido impuestos en nombre de la fe a sus parientes moros ante los ojos levantados al cielo de su santa reina. ¿Serían más escrupulosos aquellos rudos campesinos, marineros y soldados, que los mejores de entre los suyos? Si era acepto a los ojos de Dios quemar y saquear a españoles cuya doctrina era discutible, ¿cuánto más grata no sería la sangre de salvajes infieles que no creían en nada? Y sobre todo, ¡cuánto más provechosa para

los matadores que en este caso podían guardarse ellos mismos el botín de sus víctimas con la aprobación de su conciencia! Todo esto fué haciéndose más evidente a medida que corría el tiempo, y dejó su impresión profunda en España; pero era consecuencia natural de lo que había precedido al descubrimiento de América; a saber: la determinación de Isabel y Fernando de utilizar el fanatismo religioso en la consolidación de sus reinos.» (Págs. 335-336).

Aquí la psicología viene adornada de economía política. La psicología sigue siendo de soldado. Pero la economía política parece de predicador metodista. Un verdadero soldado no hablaría así. El menos experto de los coloniales sabe que los indígenas no fueron condenados a muerte para despojarlos de sus bienes. Y esto no sucedió porque los indígenas no tenían *bienes*. El oro atesorado existía en cantidades insignificantes. No hubo en América otro tesoro que el de Atahualpa, y pareció grande sólo porque se le repartieron unos cuantos conquistadores. Si Pizarro hubiera llevado el número de soldados que acompañaban a Cortés, se habrían quedado sin saber lo que era la fortuna del botín. Pero la palabrería lleva mucho ruido y el párrafo suena. Por eso lo han dejado pasar.

Siempre que habló de cuestiones económicas, hace Hume afirmaciones que rivalizan con su psicología. «El descubrimiento de América, con el aflujo del oro, fácilmente arrancado a los indígenas, cambió de pronto el aspecto de la industria en la madre patria durante la primera mitad del siglo XVI.» (Pág. 410).

Bienaventurados los historiadores del pueblo español. Tienen el privilegio de ignorar que el oro no fué arrancado a los indígenas. El oro fué arrancado a la tierra, en los lavados de los ríos y en el seno de las montañas. Pero Hume necesitaba un conquistador de teatro.

Pasemos a la industria, y veamos cómo «en cincuenta años, a partir de la muerte de Isabel, España se hizo un país comercial y manufacturero.» (Pág. 410). Recuérdese que había sido un país ganadero y pésimo agricultor, salvo en Valencia, Murcia y otras partes, según Hume. «Hubo gran aflujo de las clases agrícolas a las ciudades, especialmente en Castilla, cuya industria superior era la fabricación de paños; y los salarios subieron rápidamente. En Toledo y Segovia, sobre todo, los telares se elevaron al quíntuplo en los veinticinco años anteriores a 1550, y en todos los puntos del país se trabajaba activamente para proveer a las nuevas necesidades de América.» (Pág. 410). Notemos que en todas partes se trabajaba activamente, que en Segovia y Toledo los telares subieron al quíntuplo,

que los jornales se elevaron de un modo considerable, que el país se había hecho industrial y manufacturero. Esto fué obra del oro de América y de la demanda de productos para las nuevas colonias. La transformación se operó en medio siglo, y durante la segunda parte de ese medio siglo el movimiento adquirió un ritmo acelerado.

Las anteriores pinceladas o brochazos se encuentran en la página 410. Pero ya vamos a pasar de esta página a otra, y como siempre, ansioso de hacer un nuevo cuadro, Hume olvida el que acaba de pintar. Toma otros colores y otra tela. Sale el nuevo cuadro, y el artífice escribe bajo una leyenda explicativa. En verdad, no sabemos si es más admirable la incongruencia de los cuadros o de las leyendas.

«Los extranjeros acudieron. Se había expulsado a los judíos, pero fueron sustituídos por los genoveses.» ¿A qué se debió que acudieran los extranjeros? El autor no señala en primer lugar las causas económicas. Enamorado de las frivolidades, este *historiador del pueblo*, no aparta los ojos a la corte. «Los contínuos viajes de Carlos, y el enorme número de flamencos, alemanes e italianos que venían en su séquito, o eran atraídos por su presencia, introdujeron en las ciudades un contingente extranjero numeroso.» Cualquiera de los historiadores de la transformación económica del siglo XVI en España, nos dice cosa muy distinta. Con todo, prosigamos. «Se había expulsado a los judíos, pero los genoveses no eran una mala sustitución, y no tardó en caer en sus manos la mayor parte de las operaciones bancarias y del cambio extranjero. La exportación de mercancías a América sólo podía hacerse desde Sevilla. España no podía esperar dar abasto a tan crecientes pedidos, para los cuales no estaba preparada, ni por asomo, su lánguida e impopular industria, y de Flandes e Italia vino una gran cantidad de artículos manufacturados para su industria.» (Página 411).

Ya la industria no es próspera, ni va en aumento. Es impopular y es lánguida. ¿Impopular cuando por ella se había agolpado la población rústica en las ciudades? ¿Impopular cuando había pagado altos jornales durante medio siglo, y sobre todo de 1525 a 1550?

Diríase que el autor de la página 411 es un adversario del que escribió la página 410. Sabido es que estas cuestiones han sido apasionadamente discutidas por los investigadores que estudian la historia económica de España. Hume sin duda siguió los debates, pero no le quedaron de sus lecturas sino los rasgos necesarios para hacer su fantástica historia de un pueblo imaginario.

«Ninguna medida omitieron las cortes y el rey para matar la prosperidad nacional.» Ya la industria vuelve a ser sinónimo de prospe-

ridad. Nos hallamos en la pág. 419. En la 411 era impopular y lánguida. Había muerto sólo por haberse presentado los alemanes, los flamencos y los italianos, a quienes atraía el rey Carlos. Pero ahora se necesita que las cortes y el rey consumen un atentado contra la industria. Esta nunca pudo haber esperado, según Hume, desempeñar un papel brillante y hacer frente a las demandas de América. No creo que las ideas económicas de las cortes hayan sido buenas. Lejos de ello, estimo que las cortes representaron la preocupación de las clases consumidoras, que piden precios bajos. Las cortes, en verdad, no comprendieron jamás las exigencias de una industria exportadora. Opino también que las cortes no tuvieron principios fijos, aunque hubieran sido malos, pues aconsejaban medidas contradictorias. Del rey nada digamos, o más bien de la corona. Problablemente fué la menos culpable de la ruina industrial, por cuanto pretendió abrir varios puertos al comercio trasatlántico, aun cuando no lo consintieron los intereses vinculados en los monopolios. Con todo, a la corona le faltó una dirección fija y consciente. Le faltó una actitud resuelta. No podía, por lo demás, tomar muy a pechos el interés de España, estando divorciada del país a causa de sus ruinosas empresas dinásticas. Hume le reprocha con justicia que «se apodera frecuentemente de las reservas de dinero de las Indias, destinadas a los comerciantes sevillanos, para derrocharlas en las guerras alemanas o italianas.» (Pág. 411).

Pero apenas ha lanzado esta acusación, o más bien, apenas la ha reproducido, se mete en el berenjenal de sus eternas contradicciones. Dice que «a pesar del enorme incremento del comercio y de la importación de metales preciosos de América, la circulación de numerario en el país era notablemente deficiente; porque gran parte del oro y la plata no pasaba de Sevilla, sino que iba a parar a manos de los comerciantes y banqueros extranjeros, para ser *exportados* de allí.» (Página 412).

Seguimos en la misma página 412. Después de explicar que el dinero de América se va a las guerras de Italia y Alemania o se va a los mercados de esta nación y de Flandes, y después de acentuar que las remesas no pasaban de Sevilla, por lo que había excesiva deficiencia de numerario; después de todo esto,—nótese bien,— y a renglón seguido, hace una afirmación singular: «Merced a estas circunstancias, todo, naturalmente, era más costoso de producir que antes; y el alza continua de los precios llevó al gobierno a una serie de expedientes que aumentaron la perturbación.» (Pág. 412).

Como a Fulgencio Tapir, a Hume se le barajaron las papeletas.

El autor, que no había querido *invalidar otros libros de historia*, sino hacer del suyo una clave de todos los demás, faltó a su propósito fundamental por no recordar en aquel momento que cuando «el numerario escasea de un modo lamentable», los precios no suben, sino que, por el contrario, bajan.

Los expedientes del gobierno aumentaron la perturbación. ¿Pero de qué perturbación se trata? ¿De la fuga del dinero? ¿Del alza excesiva de los precios? ¿De la imposibilidad en que estaba la industria nacional para competir con la extranjera y para hacer frente a la demanda de los mercados del Nuevo Mundo?

El único medio de contestar satisfactoriamente, requeriría que el autor borrase sus dos páginas de plagios trastrocados, percatándose de que había puesto la carreta delante de los bueyes. En su precipitación, y sobre todo, en su deseo de pintar cuadros, olvidó que los hechos tienen antecedentes y consecuentes. Echó por la ventana la cronología, y con la cronología, la ley de la casualidad. Hizo el alza de precios consecuencia de la falta de numerario, cuando precisamente lo que pasó entonces fué primero que los altos precios determinados por la afluencia de especies metálicas y la falta de salidas en los puertos españoles para surtir los mercados de América, determinaron una competencia ventajosa que aprovechó la industria extranjera en detrimento de la nacional. Y sucedió también que al sentirse más tarde la escasez de numerario, el consumidor español creyó que era sacrificado a los intereses de la industria patria, encontrando excesivamente altos los precios, agobiado como estaba por la creciente decadencia económica. Pero no fué entonces cuando «todo, naturalmente, era más costoso de producir.»

Hume copió sin discernimiento y alteró especies, porque en este punto no tenía conciencia de lo que escribía.

El libro toca a su fin. Poco nos falta que leer. Hasta lo último Hume sigue enamorado de sus fórmulas. «Así como la infusión del vigor gótico sólo había servido para suspender, no para evitar, la consumación de la decadencia que redujo a átomos la España romana, así las nuevas ideas de los Borbones franceses sólo sirvieron para reanimar temporalmente el rescoldo moribundo del imperio español, edificado sobre la base perecedera de la arrogante exaltación religiosa.» (Páginas 579-580).

Esta nota final es una condensación del libro. El pueblo español es un gran pueblo, pero un pueblo que *no hace* su historia. Se la vienen *haciendo* desde fuera los que acuden a conquistarlo o a gobernarlo.

¿Habrá algo de verdad en esto? Por lo menos hay de verdad un

hecho, y es que al pueblo español *se le escribe su historia* por los extraños, sin que él se impute, y casi podría decirse, sin que se interese.

La tolerancia es una de las virtudes más bellas, pero la apatía es un defecto sintomático de pueblos, o más bien, de castas en estado de postración. No se puede hablar de ciertas naciones sin provocar excesos de apasionada intransigencia. De otras es posible decir todo lo imaginable, y de preferencia cuanto excite el placer insano del masoquismo. El caso de Hume y su libro encierra un tema de meditaciones. Por este libro se conoce a España en Bombay, en Hong-Kong, en Tokío, en Filadelfia, en San Francisco, en Melbourne, en Pretoria y en Londres. Por este libro se inician en el conocimiento de la historia de España muchos españoles y muchos hispanoamericanos. Lo tradujo un profesor de la Universidad de Madrid. ¿Qué objeciones, qué reparos, qué advertencias ha hecho la pluma diligente y acuciosa de este traductor académico? ¿Qué observaciones ha dirigido la crítica española a una obra cuya huella encontramos en libros de gran resonancia y en espíritus de influencia tan dilatada como lo es la del vizconde Bryce?

La obra de Hume pertenece a un tipo que merece estudio desde un punto de vista interesantísimo. Es acaso la ejemplificación más curiosa de prejuicio antiespañol aceptado con beneplácito como muestra de un buen hispanismo.

No sé en qué país se hubiera traducido un libro extranjero de esta índole con la ecuanimidad empleada por el profesor don José Caso. Nada más odioso, por no decir inofensivo y ridículo, que la irritable suspicacia, sobre todo contra los extranjeros, siendo la jenofobia equipolente de la incultura; pero las cosas tienen límites y los hay también para la tolerancia. Yo, por lo menos, acaso no hubiera traducido sin lija esta económica expresión de la página 519: «Felipe II trajo de Europa cuadros y pinturas.» ¿Es una necedad o un insulto? No creo que Hume haya procedido con dolo en esta pequeñez. Pero se le dejó intacto su sabor inocente. Y en historia no debe haber un solo adarme de inocencia. Sobre todo, cuando ésta viene después de una tonelada de malicia.

CARLOS PEREYRA.